

[LA MATERIA NO EXISTE]



DEMONIOS

♦ ALBERTO CHIMAL

—¿En qué estás pensando? —me preguntó mi esposa el otro día.
—Demonios —le contesté, y se asustó. Mucho.

Después me comentó que había temido que le hablara en serio. No soy creyente, pero en los últimos meses la hemos pasado más bien mal. ¿Qué tal que me hubiera encandilado con alguna superstición o alguna secta? ¿Qué tonterías iba a empezar a hacer para sentirme mejor conmigo mismo?

*

Antes de que salieran a relucir los “demonios”, habíamos estado hablando de una rendición.

Ya puedo contar lo que sigue: a comienzos de 2017 caí en un periodo fuerte de depresión y, a la vez, de inquietud por las noticias del momento. Estaba en Estados Unidos, visitando a familiares, y los medios locales llevaban más de un año de ser la plataforma estridente y perpetua de la candidatura de circo (que estaba por convertirse en la presidencia de circo) de Donald Trump. En los años siguientes aquello se volvería una locura todavía más abrumadora, con torrentes de acontecimientos atroces, noticias escandalosas, tuits y gente de lo más diverso gritando

y desgarrándose las vestiduras en público las 24 horas del día, cada día de cada año, por todo el mundo, hasta culminar en la catástrofe global de la pandemia —vuelta aún peor en Estados Unidos por el manejo faccioso y partidista del régimen de Trump de programas de salud, vacunas y hasta cubrebocas— y el intento de autogolpe de estado del 6 de enero de 2021. Pero los primeros días fueron suficientes para que me fuera de cabeza en el proverbial agujero. Siendo mexicano (me dicen), yo no debería haber prestado tanta atención, ni por tanto tiempo, a eso. No puedo sino admitir, con mucha pena, que así

pasó. Era el derrumbe en cámara lenta del imperio que había tenido más de cerca durante toda mi vida, y con el que la gente de mi edad, al menos aquí, tiene una relación de amor y odio especialmente retorcida y compleja.

Algo que hice en esos días fue empezar una novela. La terminé el mismo año. Tenía mucha imaginación fantástica pero también numerosas referencias, veladas y no tanto, a lo que estaba ocurriendo. Su personaje central, aunque no su protagonista, era Horacio Kustos, una especie de “explorador” o “buscador de maravillas” que he utilizado de manera intermitente por más de veinte años. Kustos estaba envejecido, en decadencia, buscando terminar su carrera o su propia vida, y el mundo a su alrededor parecía igualmente agotado, sumido en la desesperación. El narrador de la historia vive en un escenario fantástico —una isla que no está en los mapas— pero aquejado por toda clase de problemas reales, desde el ascenso de un régimen fascista hasta el calentamiento global, pasando por la codicia de empresas extractivas, facciones progresistas distraídas o peleando entre sí, racismo, homofobia, etcétera. La “realidad” le gana a la “fantasía” en el sentido de que Kustos desaparece, no se sabe si muerto o no, y al narrador le queda solamente intentar persistir en nuestro propio escenario de ruido y pesadillas. Pero persiste, impulsado por un deseo que él mismo no comprende bien.

Me tardé en poder revisar el texto. Cuando al fin pude hacerlo, nadie lo quiso publicar. Pasó varios años así, en el limbo. En cierto momento, una editorial independiente se animó a sacarlo... y luego se tuvo que echar para atrás porque #sindinero, porque ya era #pandemia. Tuve que resistirme a volver a escribir toda la narración para agregarle el coronavirus.

Y ahora que —encima de todos sus otros problemas— el mundo presencia la invasión rusa de Ucrania, y nos hemos convencido de estar en otra etapa más de la Historia, me harté, y me rendí por fin. La novela no es tan mala, pienso todavía, como varias que he visto publicadas y celebradas en estos años, pero evidentemente no encajaba en el tiempo en el que la terminé, ni en los primeros años de la pandemia. No va a encajar ahora. Así que no va a encajar nunca. No quiero que se convierta en un documento de “otro tiempo” o, peor todavía, de un tipo de mediana edad que tuvo que empezar a tomar pastillas para volver a funcionar. Ya puedo contar todo esto porque ese libro, definitivamente, no será publicado. Ya borré mi propia copia del archivo, y no soy tan vanidoso como para creer que alguna de las que hay por ahí vaya a sobrevivir. No es para tanto. En el mundo sobra escritura, y alguna otra de la que yo mismo he hecho ha tenido mejor suerte, a la escala que le corresponde.

*

Contar esto no es catártico. La catarsis ocurrió hace tiempo, lejos de toda persona fuera de mi familia inmediata, y no se asentó por escrito. Relato esto ahora, más bien, porque tiene que ver con los “demonios”.

Los proyectos abortados de escritura no son tan infrecuentes. Casi toda persona que escribe tiene varios, aunque no los publicite. Yo tengo dos además del que ya mencioné: una novela/bestiario, muy borgesiana, acerca de un naturalista excéntrico en los tempranos noventa, es decir, una especie de precursor de mi Kustos, en un tiempo de presuntas aperturas y posibilidades para el futuro; y otra novela acerca de un presente alterado, al estilo de una ucronía, con mucha injusticia y abusos de poder, es decir, una especie de precursor del escenario



de mi isla imaginaria. No los extraño ni lamento su destino. Pero ahora me llama la atención que los tres tienen un impulso común: tratar de lidiar, de forma explícita, con ciertos aspectos muy específicos de la época en que fueron escritos.

No sé si seré, en el fondo, un autor incapaz de otra cosa que fantasía escapista e insustancial (al menos, creo que los hay peores); si el enfoque era incorrecto por alguna razón (tengo textos con contenido político que sí han llegado a sus lectores), o si lo era el género (los abortos son todas novelas). Pero otra posible explicación es esta: quien escribe siempre tiene límites, en el espacio de su imaginación y en el tiempo de que dispone para utilizarla, y la materia literaria más elusiva de todas, la que más rápido se gasta y se pudre, es el presente cotidiano: lo que está de moda en un momento.

Los casos de supuesto éxito (“el libro de este momento”, “la novela que todo México esperaba”) no sobreviven por la pertinencia que otros les atribuyen. El *Yo acuso* de Émile Zola se recuerda no por la condena injusta a la que se oponía, sino por Zola, y porque con ese texto se inventó la figura del “intelectual” contemporáneo. En los noventa, Vicente Leñero y otros dramaturgos mexicanos escribieron obras acerca del EZLN, teatro civil al calor de los hechos, que ya no se ponen porque sus guiños específicos se han vuelto

QUIEN ESCRIBE SIEMPRE TIENE LÍMITES, EN EL ESPACIO DE SU IMAGINACIÓN Y EN EL TIEMPO DE QUE DISPONE PARA UTILIZARLA, Y LA MATERIA LITERARIA MÁS ELUSIVA DE TODAS, LA QUE MÁS RÁPIDO SE GASTA Y SE PUDRE, ES EL PRESENTE COTIDIANO: LO QUE ESTÁ DE MODA EN UN MOMENTO.

ininteligibles. Dante Alighieri puso a todos sus adversarios políticos en el Infierno de su *Divina comedia*, pero ¿alguien diría que el poema es un texto acerca de la actualidad política italiana de los siglos XIII y XIV?

Todo en el mundo nos exige esa devoción a lo momentáneo: a lo que dicta el algoritmo, se podría decir. Lo más llamativo de ahorita. Y para quienes hacen caso, y se empeñan exclusivamente en perseguir lo fugaz, y fracasan, el resultado es injusto, y en el fondo espantoso, porque señala a la muerte y el olvido. Pero no hay nada que hacer al respecto. Hasta Shakespeare será olvidado, como dijo Bolaño alguna vez, y Bolaño será olvidado también. ¿Qué nos puede quedar al resto?

*

Yo no estaba hablando de demonios en general cuando hablaba con mi esposa el otro día. De hecho, quería decir (pensando que se iban a escuchar las itálicas, supongo) *Demonios*: la novela

de Dostoievsky que también se conoce como *Los poseídos* o *Los endemoniados*. El libro trata de muchas cosas, pero entre ellas está Stepán Trofimovich Verjovenski, un escritor en caída libre –y desde no mucha altura– que anticipa con su vida entera aquel aforismo de Carlos Monsiváis: “No entiendo lo que está pasando, o ya pasó lo que estaba entendiendo”. Llevado por la vanidad, Verjovenski cree ser una gran figura, un agudo observador de su momento a cada momento, y le extraña enormemente que nadie lo tome en serio, que sus textos vayan de un ridículo al siguiente y que su propio hijo, Piotr, lo desprecie más que nadie y dedique su vida a aspiraciones que el padre no puede ni empezar a comprender.

A lo mejor en esa figura penosa hay una pista de lo que nos rebasa cuando pretendemos hacer políticas públicas con minificciones, entrevistar a una décima de segundo, detener por escrito los tanques de Vladimir Putin. ●